Letras para la esperanza

SOLIDARIDAD CON CENTROAMÉRICA

una iniciativa del

Centro Superior de Formación del Profesorado

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

EGB
360
LET
et

El invitado del traje negro

José Luis Correa

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

Salvador Cruz Cabrera, conocido por Boro, era hombre versado en duelos. Se movía como pez en el agua, con gracia y soltura, como si hubiera nacido para ello. Se había entrenado durante muchos años, entre largos trajes oscuros y manguitos negros, entre grises lamentos inacabables y frías noches con olor a incienso, acompañando a su padre con cara de susto cuando no levantaba más de un palmo, aquéllo sí que eran entierros, la leche. Lo de menos era el muerto, a quien en muchas ocasiones ni siquiera conocía, lo de menos el muerto, a quien al fin y al cabo no podía molestarle la presencia furtiva en su salón de Salvador Cruz Cabrera, conocido por Boro.

Salvador era una mosca cojonera. Se acercaba a los tanatorios, a las salas de urgencia de hospitales, a los patios canarios de los pueblos para consolar a los deudos y, sobre todo, a las deudas del finado. Primero se afeitaba, apurando la hojilla para esconder las sombras de la nuez, una nuez pronunciada y esquiva que dejaba lagunas turbias en su perfil. Se daba una ducha lenta y tibia con objeto de relajar la tensión de los preliminares. Se echaba una colonia profunda y áspera, de las que se estilaban en las viejas barberías. Se ponía su mejor terno y la corbata más apropiada para la ocasión, según la condición social de los asistentes y, sobre todo, las asistentes. Y se tiraba a la calle a seguirle el rastro al amor y la muerte.

Cuando Salvador Cruz Cabrera, conocido por Boro, llegaba al velatorio, traía con él un áura de misterio a veces enfatizado con unas gafas negras que apenas lograban agazapar su mirada de águila. Ralentizaba su entrada al salón mortuorio, vamos, donde estaba la caja, se paraba unos segundos en el umbral para que todos pudieran verlo bien, quién carajos será ése, ¿alguien lo conoce?, qué buena pinta tiene. Salvador Cruz Cabrera, conocido por Boro, tenía un don especial, estaba tocado por la mano de Dios, y era capaz de averiguar de una sola mirada quién era quién allí, como si las ojeras de las hembras tuvieran nombre puesto, como si las lágrimas llevaran etiqueta. Una vez sentadas las madres, Salvador se lanzaba a su actuación soberbia, primero destocaba al muerto, o sea, retiraba lenta y respetuosamente el pañuelillo que tapaba su rostro, luego se persignaba con gran delicadeza, joder ya no hay hombres que tengan ese estilo al persignarse, se acercaba a la figura más triste del mundo que se sienta a la izquierda del ataúd de roble y le cogía una mano con sus manos dulces y las dejaba así como perdidas, igual que si untara en el aire, con en ese gesto, una pátina de melancolía. Entonces, Salvador se acercaba a susurrarle algo a la desconsolada viuda, a la inconsolable huérfana, a la afectadísima hermana menor, a murmurar cuánto que lo sentía, cómo lo lamentaba, era un tipo

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

estupendo, yo lo conocí bien, sólo se nos mueren los buenos. Y, claro, la viuda, la huérfana, la hermana menor, todas en una, levantaban la vista a agradecerle con el alma en cueros a aquel hombre, quien quiera que fuese, sus palabras de aliento. Así era como Salvador Cruz Cabrera, conocido por Boro, contactaba con sus víctimas.

A partir de entonces, se iniciaba la pesca, comenzaba un drama circular en el que nadie sabe quién empieza qué cosa y cómo se menea el agua en la batea para llegar al mismo punto de partida. A las dos horas, minuto arriba, minuto abajo, Salvador Cruz Cabrera era el centro del mundo, ya había captado la atención de todas las mujeres que rodeaban al difunto. Todas le sonreían, qué buena gente este hombre, quien quiera que sea, se le nota la clase a dos kilómetros, fíjate cómo se queda con nosotras aquí, aguantando el calor y el dolor y el olor, no como los demás que se escaquean desde que ven una oportunidad y se tiran al bar más cercano a ronear y fumar y hacer chistes, los mismos chistes viejos de todos los entierros.

Ya todas le empezaban a amar en silencio, empezaba un rezado entre dientes, no está mal el muchacho, tiene su aquello, los ojos son bonitos, carajo, y las manos grandes y fuertes, manos de sujetarte bien las cachas, y no digamos nada de lo bien trajeado que anda. Y todas empezaban a picar el anzuelo, a desearlo en silencio, a soñar en vivo y en directo con recorrer el pecho de ese hombre aunque sólo sea con la vista, a soñar más en vivo que en directo, cruza las pierna coño que se te ven las ganas, con que ese hombre recorriera su espalda con sus manos huesudas y grandes como espátulas, con su tacto de nácar, a soñar con un beso, qué diera por un beso.

Por entonces, Salvador Cruz Cabrera, conocido por Boro, ya sabía cuál de ellas estaba más encantada con el asunto, le bastaba echar una mirada a su alrededor, dejar caer sus ojos negros en los ojos de la elegida para acabar de derretir la nieve negra de una tarde de duelo. A eso de las tres horas de haber entrado por la puerta amarilla del tanatorio, ya sabía quién iba a caer de puro madura, solían temblarle las manos, no sabían qué hacer con ellas, agarraban el bolso, jugaban a rodar como un péndulo la medallita de Santa Cecilia por la cadena al cuello, se alisaban los bordes del cabello, se plisaban la falda. Y antes de que la pobre mujer se descompusiera del todo, Salvador se decidía a salvarla. Buscaba cualquier pretexto para acercarse a ella, salía un momento al baño y, cuando regresaba, se detenía un segundo al lado de su víctima a recoger el pañuelo que había dejado caer distraídamente, a abrocharse el cordón de un zapato que justo entonces se le había desatado, a saludar a la anciana enlutada y medio sorda que estaba, qué cosas, precisamente al lado de la inocente moza, y así encontraba un hueco por donde meter baza y ya estaba, sin que nadie reparase en sus argucias, donde habia querido siempre, a escasos centímetros de una preciosa oreja en la que murmurar delicadezas.

La cuarta y la quinta hora se pasaban volando, el veneno era lento pero seguro como panza de burro a finales de julio, y ya en la sexta, qué te parece

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

si vamos a tomar algo, a descansar un rato , a airear los vestidos del olor a naftalina, y luego se tardaban en regresar mil horas, a veces volvían con el tiempo justo de recoger la chaquetilla de ella y el coche de él para la comitiva hasta San Lázaro. Y en ese intervalo, sólo Salvador Cruz Cabrera, conocido por Boro, y su víctima de turno atinaban a recordar lo ocurrido, nadie reparaba nunca en la larga ausencia, demasiado tal vez para un cortadito, pues la gente entra y sale constantemente de los velatorios y saludan y besan y se quedan a hablar, a cumplir como buenos vecinos, y es un momento duro como para echar cuentas de quién falta y desde cuándo. Él aprovechaba el río revuelto para ganar la marea abierta y nadie se fijaba en cómo se recomponía ella su vestido azulado, para mí que Marga llevaba medias negras cuando se fue al servicio, cómo se le ha arrugado a la pobre Inesita la falda, es lino y color crudo, ya se sabe, juraría que Carmela llegó al duelo con el pelo recogido en un moño. Incluso, una tarde de otoño, Marcelo Benítez, licenciado en derecho por la Autónoma, echó de menos durante un par de horas a su mujer, Teresa María, en el entierro del decano de los abogados, y al verla regresar con un rubor infantil en las mejillas, al lado de un tipo alto vestido de beige y corbata color vino, sólo se le ocurrió que el traje del tipo era de verano y no pegaba un carajo para un duelo en octubre.

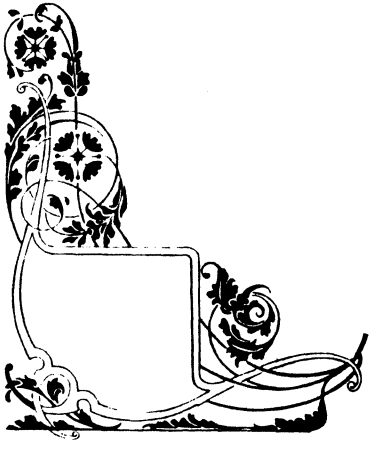
Salvador Cruz Cabrera, conocido por Boro, dejó escapar un entierro allá por marzo o abril. Un amigo despistado, asiduo también a esas reuniones sociales, lo echó de menos cuando entró a dar el pésame y sólo encontró a media docena de mujeres de cháchara discreta, la viuda, alguna hermana, seguro alguna vecina, pero faltaba el terno y la prestancia de Salvador Cruz. Saludo a las presentes con un leve movimiento de cabeza, buenas tardes a todas, se acercó al féretro, destocó al muerto y se hizo la señal de la cruz sin siquiera mirarlo. Cuando fue a dejar el pañito en su lugar, se alongó para verle la cara al buen hombre y, entonces, se sonrió para sus adentros, se recompuso la corbata oscura, se aliso las perneras del pantalón y se dirigió solemnemente a la mujer sentada a la izquierda del todo, le tomó una mano con sus dos manos fuertes y le susurró al oído algo que le sacó a la mujer una sonrisa, una sonrisa leve como una pluma que tardara mil años en tocar el suelo, una sonrisa pícara y una mirada turbada hacia el resto de la sala.

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

El sabor a camelias de tu ombligo

José Luis Correa



© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

Por las mañanas, Lucía siempre sabía a camelias. Más bien, a regusto postrero de camelias, porque Lucía tenía que coger la cincuenta y tres muy temprano para estar a las ocho en la empresa y, claro, entre el traqueteo del viaje y el frío de la madrugada las camelias llegaban mareadas. Se sentaba al final de la guagua para evitar las confianzas de Sixto, el conductor, y de los otros pasajeros que andaban generalmente muy parlanchines tan de mañana, buenos días señorita, parece que hoy va a llover, ayer se vio Fuerteventura clarito, clarito y, ya se sabe, *si ves Fuerteventura, agua segura*, pero Lucía no les dejaba mucho margen a la conversación, sí, vamos a ver, bueno, hasta luego. A esa hora, la cincuenta y tres iba casi vacía, sólo siete viajeros, contándola a ella, y siempre sentados en los mismos sitios, la fuerza de la costumbre.

En segunda fila, una pareja de ancianos bajaba a Las Palmas a hacerse la revisión de turno, y no cesaba en su empeño de ganarse la atención del pasaje a golpe de tragedias: o ella lo acompañaba a mirarse la próstata por si era cáncer un malestar pejiguero que arrastraba de hacía meses, o él iba con ella a otro reumatólogo, que el de antes nunca daba con lo que tenía. Sin embargo, pensaba Lucía desde el fondo del *utinsa*, ya le gustaría a ella llegar a esa edad con la mitad de su salud. A la charla de los viejillos con el chófer se sumaba una señora más cerca de los cincuenta que de otra cosa, que servía en una casa de Triana. Como hacía de todo, llevaba a los niños al colegio, iba a la compra, cocinaba, lavaba y tendía en la azotea, estaba al tanto de cualquier culichicheo del barrio, de ahí que se supiera de memoria quién estaba para morirse, quién tenía qué enfermedad incurable y a quién iban a operar de último remedio, con lo que sus intervenciones en la tertulia mañanera venían investidas de gran rigor científico.

A mitad de la guagua, cerca de la salida de emergencia, se sentaban dos muchachos que iban a su aire. Eran, por las maletas y los cartapacios, alumnos de algún instituto de Las Palmas y se parecían los dos muchísimo, nadie dudaba que eran hermanos. Llegaban con frecuencia con cara de sueño y legañas recientes y apenas hablaban entre ellos. Se limitaban a mirar el paisaje de afuera, con la vista perdida en un recuerdo, o a dormitar, uno apoyado en la cristalera y el otro en el hombro del primero. Cuando la guagua bajaba la rampa de la estación, se desperezaban y se restregaban los ojos con los nudillos, en un gesto idéntico que los hermanaba aún más.

Dos asientos más atrás se sentaba un chico que a Lucía le sonaba de su calle. No estaba muy segura, pero creía recordar que trabajaba en un taller de coches por San Cristobal o La Laja, lo había visto una vez con mono de mecánico y las manos llenas de aceite y grasa. Llegaba el último a la parada,

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

cuando estaban a punto de salir, subía sin prisa y, antes de sentarse, le dedicaba un gesto de cabeza y una media mueca a Lucía. Luego, se ponía unos auriculares amarillos, metía una cinta en su casete y cerraba los ojos. Era el primero en bajarse. Al llegar su parada, como si lo tuviera todo cronometrado, abría de nuevo los ojos, estiraba una mano y tocaba el timbre para avisar al chófer.

Por su parte, Lucía se reservaba el penúltimo asiento de la guagua, uno que llevaba escrito Martín y Claudia con un corazón asaeteado por una flecha roja al que alguien había añadido debajo, tíratela ya Martín y deja de hacer el pollabobas con corazoncitos de mierda. Ella se sonreía de la burrada y se encofraba en sus cosas: a la altura de Santa Brígida, ya había solucionado en su cabeza las tareas de media mañana, las llamadas que debía hacer, las cartas que había que redactar, los informes pendientes de firma y el negocio constante de letras a noventa días. Y cuando llegaba al Monte, se dedicaba por entero a ella misma, pensaba en lo que había sido de su historia hasta ahora, esperando algo que la despeinara del todo, que pusiera su vida patas arriba, y soñaba despierta con un hombre vestido con pantalones vaqueros y chaqueta a cuadros marrones que se acercaba a ella y le decía siempre lo mismo, le decía lo malo de andar sola tanto tiempo es que nunca te fías de los extraños. Llegando a Las Palmas, el hombre invariablemente ya le hacía el amor en un hostal de mala muerte, en una habitación oscura, pero limpia, y en una cama con sábanas acartonadas y frías al lado de una mesilla de noche con lámpara roja del siglo catapúm. Entrando en la estación de guaguas, a las ocho menos veinticinco, Lucía sentía un estremecimiento tan fuerte que tenía que abrazarse al bolso y morder una asilla para no dar un grito. Luego, se recomponía, respiraba hondo, dejaba salir a todos y se despedía del conductor hasta la próxima.

Una mañana, intuye Lucía que de enero por el relente que llevaba semanas crispándole los huesos, la guagua realizó una parada que no estaba en el guión, justo al llegar a la Curva del inglés. Cuando rechinaron los frenos y se oyó el siseo sordo de la puerta al abrirse, se hizo un silencio espeso. En las primeras filas se removieron incómodos, no les gustaban los cambios. Los hermanos se despertaron, molestos por la interrupción de su sueño, y hasta el muchacho de los auriculares que cronometraba sus viajes con apurado milimétrico abrió los ojos cinco paradas antes de la suya. Sólo a Lucía parecía divertirle aquel imprevisto. Un hombre joven, de aspecto educado y limpio, se subió a la cincuenta y tres y fue a sentarse justo delante de ella, que lo vio acercarse por el pasillo estrecho con paso decidido. Llevaba en su mano izquierda una cartera marrón con hebillas doradas y sobre el antebrazo derecho una chaqueta del mismo tono doblada. Le recordaba a alguien, a un actor tal vez. Tenía los ojos grandes, o quizás agrandados detrás de los cristales de unas gafas de montura metálica, y una voz imponente, solamente le dio los buenos días y dejó un poso de canto gregoriano flotando en el aire

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

de la guagua. Lucía le respondió al saludo y se dedicó el resto del trayecto a inventarle un pasado leyéndole la nuca. Podría llamarse Pablo, podría ser escritor, podría haber acabado recientemente una historia con una azafata de Binter porque no le iban las idas y venidas constantes de la chica. De pronto, él abrió su cartera y sacó una libreta de anillas en la que empezó a apuntar algo. Desde donde estaba sentada, Lucía no podía leer bien lo que escribía pero parecían ideas sueltas, frases al vuelo, como si necesitara anotarlas para no olvidarlas después, como solía hacer ella de memoria. También pudieran haber sido bocetos para una novela porque tachaba alguna línea y sobreescribía en ellas.

La llegada de Pablo a la cincuenta y tres supuso un alboroto difícil de creer. A la mañana siguiente, todos estuvieron expectantes, nerviosos, a ver si a aquel jeringao hombre se le iba a ocurrir volver de nuevo. Los viejos estaban mudos, los jóvenes despiertos y a Lucía le latía el pecho como si el corazón se le fuera a reventar. Cien metros antes de llegar a la parada de la Curva del inglés, se divisó una figura masculina que agitaba algo para que Sixto detuviera la guagua. Aquello era la releche, ya se trae hasta paraguas con lo bueno que está el día. Lucía creyó oír a alguien que le decía al conductor, no pare, hágase el sueco, que esto sólo nos va a traer problemas, pero aquél no hizo caso y aminoró la marcha para recoger al nuevo pasajero, no le gustaba nada pero era su oficio y él llevaba veinticinco años haciéndolo lo mejor que sabía.

Ya nada fue lo mismo desde entonces. Dejaron de oírse historias de enfermedades interminables y de enfermos terminales, nadie volvió a dormitar con la cabeza apoyada en los cristales, la tensión empezó a hacerse sitio entre las butacas vacías y algunos, con un descaro que a Lucía le resultó insultante, se dedicaron a mirar de reojo hacia las últimas filas. El hombre comenzó a sentirse intruso, parece que no caigo bien a nadie, pero siguió a lo suyo, a sus anotaciones en la libreta. Lucía intentó restarle importancia, ya se acostumbrarán, es que les cuesta aceptar la novedad. Pero ambos eran conscientes, aunque ninguno lo entendía, de la enorme ansiedad que había creado la aparición de Pablo. Por si fuera poco, el mecánico y los estudiantes tomaron partido por el enemigo y acabaron sentándose delante, con lo que ahora había un espacio de doce pares de asientos entre los unos y los otros. La estampida sirvió para que Pablo y Lucía intimaran, gracias por no cambiarte de lugar, me estaba entrando ya complejo de leproso, para que se conocieran un poco más, no hay de qué, me parece que tu aparición es lo mejor que le ha pasado a esta gente en siete años que hace que viajo en esta guagua.

No tardarían dos meses en hacerse amantes. Bastó con que Lucía le contara el sueño repetido de todas las mañanas, así que cuando te vi en la parada me dije que eras tú el de los vaqueros y la chaqueta, el del hotel de mala muerte, el del amor sin límites. Y bastó con que Pablo le sonriera detrás

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

de sus gafas de metal y le dijera que sí, que bueno, si tú quieres, podemos alquilar una habitación que tenga poca luz y una mesa camilla decadente en un hotelito con pinta de burdel de carretera, pero, qué quieres que te diga, mi casa es más cómoda y tengo un edredón calentito de tonos cobrizos por si lo del color es una promesa o te da morbo. Sin embargo, el edredón resultó que sobraba porque la casa de él tenía calor humano suficiente y además se añadía una pasión candente, y Pablo, en un cuarto descomunal con balcón dando al campo, a naranjos y retamas, descubrió el secreto de su sabor dulzón, se dedicó a jugar a recorrerla toda, a descifrar con creces en qué rincón de Lucía eran más deliciosas las camelias, en su ombligo romboide y profundísimo o en sus ingles sedosas, y Lucía, a todas estas, ya no tuvo que andar mordiendo las asillas de su bolso para acallar las quejas de su sexo.

En la cincuenta y tres no pasó mucho tiempo antes de que notaran que la facha del intruso, su encanto y sus maneras habían acabado por hacer mella en la muchacha joven de la última fila y en sus murmuraciones trataron de remediar la cosa, de poner fin a aquel dislate antes de que se desmadrara, si dejamos que ocurra, pronto tendremos más extraños subiendo a nuestra guagua como Pedro por su casa y eso no lo podemos permitir, faltaría más, alguien tiene que hablar con esa chica. Y alguien terminó hablándole desde luego, en la parada, en la primera parte del trayecto, antes de que subiera el intruso, pero Lucía no estaba por la labor, no veía a cuento de qué les importaba ahora su asunto con Pablo, ¿que podía estar casado?, y a mí qué, ¿que podía ser un mal bicho?, hasta ahora sólo ha tenido detalles conmigo, ustedes lo que tienen que hacer, dicho sea con todos los respetos, es no meterse donde no los llaman. Cuando ella se lo contó, entre divertida y asombrada, como una cosa de magos, a ver, sólo a un mago le da por convertir aquel episodio tan simple en un drama sicológico, Pablo se lo tomó por lo personal y se levantó de su asiento, junto a Lucía, para recorrerse todo el pasillo hasta llegar adonde se sentaban los entrometidos aquellos. Se puso delante de ellos, justo detrás del conductor y se agachó para decirles algo con voz serena pero firme, algo que Lucía nunca llegó a saber, aunque lo sospechara. Cuando volvió a su sitio, ella le preguntó y él, nada, mi vida, no creo que vuelvan a molestarte con zarandajas, les he contado con pelos y señales lo que hacemos de noche entre las sábanas y que pensamos seguir haciéndolo, les agrade o no, hasta que nos muramos de gusto o de vejez.

La estrategia de Pablo pareció haber surgido efecto, porque se produjo un cambio sustancial en la actitud de todos. No volvieron a hablar más del asunto con Lucía, los viejos regresaron a sus charlas triviales, los muchachos a su sueño, el mecánico, que se llamaba Jorge, a su música. Incluso, para sellar la paz, a mitad de junio le regalaron a Lucía un pañuelo de seda y un perfume. La chica se emocionó, gracias, de verdad, no tenía ni idea de que supieran lo de mi cumpleaños, no recuerdo haber hablado de ello nunca. Y ellos, nada mujer, es sólo que nos pasamos con lo de tu novio, estamos

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

avergonzados y queremos que nos disculpes, así que averiguamos la fecha por tu madre. Y Lucía, por supuesto, los disculpó de todo corazón e, incluso, para que vieran que no les guardaba rencor, iba a estrenar el pañuelo y la colonia el viernes, para una cena que iba a tener con unos amigos de Pablo. Y ellos, estupendo, mi niña, será un momento ideal para ponértelos. Ah, y ahora que lo dices, un sobrino mío tiene una marisquería en el puerto, se come bien, si vas de mi parte y siendo tu cumpleaños, seguro que te hace precio especial. Y Lucía, pues muy bien, así los sorprenderé yo por una vez. Eso, eso, sorpréndelos.

El lunes siguiente, amaneció pronto un cielo azul y luminoso, un cielo propio de grandes acontecimientos. El aire estaba limpio y olía a eucalipto como nunca. Se iniciaba el verano y los días empezaban a ser deliciosamente interminables. Por eso nadie echó a faltar a los estudiantes, que ya no volverían a la cincuenta y tres hasta mediados de septiembre. Cuando abrieron la puerta, subió primero la pareja de viejos, quejándosele al chófer de la mala noche que le había dado al marido un dolor de riñones. Más tarde lo hizo Jorge, con un auricular en la oreja derecha y el otro, suelto, tropezándose con los cubrerrespaldos de los asientos. Lanzó un gruñido a los presentes a manera de saludo y siguió por el pasillo buscando su sitio. No había nadie más en la parada. Pasaron tres minutos, y ni rastro de los otros. Se iba haciendo la hora, y Sixto empezaba a impacientarse.

—Yo tengo que arrancar, que se hace tarde.
—Espere un segundito. Falta gente.
—Ya, pero a mí me van a echar la bronca cuando lleguemos.
—Jesús, hombre, después lo recuperamos por el camino. O si no, les decimos que nos agarró un atasco.
—Ya teníamos que haber salido.
—Mire, mire. Allí llega.

Mercedes, la mujer que servía en la casa de Triana y que le daba cancha a los dos viejos en sus dolencias, apareció por una esquina de la plaza, con la lengua fuera y un periódico mal doblado debajo del brazo, casi no llego, tuve que esperar a que abrieran el estanco para comprar la prensa. Cuando la guagua echó a rodar, aún estaba ella sentándose y cogiendo resuello. Acomodó su bolso sobre el regazo, sacó unas gafas que llevaba en unas fundas color azul marino y que apenas se ponía porque pensaba que la avejentaban, desdobló lentamente el periódico, lo abrió por las últimas páginas desdeñando las otras y miró a sus compañeros, aquí dice que han encontrado restos de ácido cianhídrico en el cuerpo, pero la policía no tiene sospechosos porque el individuo era un hombre sencillo y afable y no se le conocía enemigos, había ido a cenar a un restaurante del puerto con unos

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

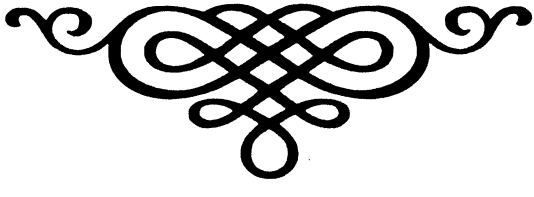
amigos y, después, se marchó en un taxi con su novia, una muchacha que responde a las iniciales de L.R.P., hacia la casa de él, sita en Tafira. Entonces estaba bien y nada hacía sospechar el trágico desenlace. También dice que no pudo ser de la cena porque fueron de picoteo y comieron todos lo mismo y nadie más se intoxicó, aunque bien pudo ser alguna ostra en mal estado y esperen, a ver, mmm..., sí, aquí, termina diciendo que «el cadáver fue inhumado en el nicho familiar, en medio de indecibles escenas de dolor y desconcierto por parte de sus padres y de su novia, que no ha podido explicar lo ocurrido a pesar de que fue la última que lo vio con vida», anda que no se dan pisto ni nada los periodistas relatando sucesos.

Nada más acabar de leer, miró a los viejos y les guiñó un ojo con una mueca cómplice. Le dijo al chófer, siga ya recto, Sixto, no paramos hasta Las Palmas. Se dio la vuelta para ver qué cara tenía Jorge en su asiento y le espetó, y tú qué, ¿contento?, ¿eh?, ¿no dices nada?, al fin y al cabo, la idea fue tuya, carajo. Pero el muchacho andaba en otra guerra y no le contestó, se limitó a cerrar los ojos para gozar de una balada en su casete mientras se preguntaba a qué sabría Lucía sin colonia.

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

Espérame en el suelo, corazón

José Luis Correa



© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

El espejo le devolvió a Armando una imagen chocante, casi dolorosa, un tipo a medio ponerse un esmoquin blanco, inmaculado, pero muy lejos de parecerse a Robert Redford, que era la única persona a quien podría quedarle bien un esmoquin blanco. Él, el del espejo, no era Redford, lo había intentado pero ni por nada del mundo. Llevaba el pantalón abrochado hasta el penúltimo botón y la camisa descabalgada, con los faldones por fuera. Se había puesto unos tirantes nuevos de fantasía a tonos verdosos, glaucos creo que le dicen: ya que me visto como un extraño, pensaba, me dejo puesto algo propio y al menos el que va a la boda se parece en algo a mí. Jodida boda. si no fuera por mi madre, que considera que los compromisos son los compromisos, hay que cumplir en esas circunstancias, la boda se iría a la gran puñeta ahora mismo. Abrocharse la corbata de pajarita es otra de las de mamá. Sabe que odio tener el cuello cerrado, no soporto el agobio de un botón marcándome la nuez, como un defensa central pejigera, a donde va mi nuez allí va el puto botón sin despegarse un punto.

Olía a barbería Armando, a la loción Lois naranja de toda la vida, a su padre. Por un instante recordaba la primera vez que su padre lo llevó a pelar, el barbero le colocaba al sillón una tablilla de madera y guata encajada en los apoyabrazos para que pudiera levantar al menos la coronilla del respaldo, y empezaba a trasquilar hasta que sólo se le veían las orejas. Uno se hace mayor, uno sabe que se hace mayor no cuando la primera paja, ni la primera novia, ni siquiera la primera vez que se afeita la cara y se la hace una mierda. Uno se sabe mayor cuando el barbero deja de ponerle aquella tablilla humillante al asiento de la barbería.

Maldita las ganas de ir a la misa, total para nada porque siempre termina con los demás amigotes en el bar más cercano o afuera de la iglesia, en la plazoleta, hablando de fútbol, total para eso, pensaba, me retraso diez minutos y llego al final o no llego, aunque esta boda es especial, no sé por qué no puedo llegar como los demás, a última hora. La novia estará preciosa, por supuesto, eso ya lo sabía él y, aunque no fuera así, lo juraría al final de la ceremonia, te la cambio sin verla. La chaqueta no queda muy derecha. En realidad, el que no queda muy derecho es él o la imagen de él que rebota en el espejo, hay una hombrera que queda más baja y la pajarita termina siempre cambada, como una mueca, la mueca que le está haciendo su nuez para que no la joda más y le desabroche el botón defensa central. La radio está encendida. Siempre la pone para arreglarse, mientras se afeita, se ducha, se perfuma y se viste, mientras espera a que alguien, por ejemplo Cristina, lo vaya a buscar. La radio nunca estorba y ahora menos: van a dar un programa de soul grabado en directo, joder, justo hoy, encima de las poquísimas ganas

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

de moverse de casa, ahora echan un especial de su música favorita, *La hora del soul,* en directo, grabado desde el *Carneggie Hall* no sé qué año dijo, cuarenta y algo creo. Podría dejarlo programado pero qué va, un especial hay que vivirlo en el momento justo, cuando llega, porque llega, además, en el momento justo para él. A la mierda la boda.

Mamá estará impacientándose, pensaba, porque me espera desde hace diez minutos, a las menos cuarto habíamos quedado en la puerta de casa, mejor la llamo y le digo que vaya con Javier o que la lleven los niños, que yo voy directo a San Francisco. Qué casualidad, *San Francisco* es lo que está sonando, parece que le dedicasen el programa a él. A él o a su reflejo en el espejo que, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se ha salido por la izquierda del marco durante unos segundos y lo ha dejado a él con cara de tonto. Se ha ido y ha vuelto con su saxo, porque ése es su saxo, de él y no del tipo que lo tiene al otro lado del espejo. El saxo que guarda en el ropero del pasillo, hace bastante que no lo toca, desde que se disolvió el grupo. Aquel quinteto sonaba bien, tuvieron alguna noche de gloria y todo en el *Rick Café*, pero luego se disolvió porque el batería se lío con Margarita, la novia del contrabajo, quien, de tanto acariciar aquel bellísimo instrumento, se olvidó de acariciarla a ella y, como aquí en tiempos de guerra cualquier agujero es una trinchera, el batería, que tocaba de puta madre con una mano, pensó que le sobraba la otra para Margarita, aunque al final no se supo muy bien quién había empezado el jaleo cuando aquél los encontró en el piso, en bolas y a lo loco. Lo único que se aclaró fue que el quinteto se quedó en terceto, primero, y luego en solo, cuando los otros dos se liaron entre sí y dejaron al pobre Armando, sin saber qué cara poner, con el saxo al aire.

Y aquel tipo del espejo, ahora, estaba siguiendo los compases de *San Francisco*, los compases de *Blue Moon*, los compases de *Mooonlight in Vermont* como los hubiese seguido Armando si no se le adelanta su imagen a robar el saxo del ropero. Lo peor no era eso, eso era soportable, no todos los días se te rebela tu reflejo y te tifa el saxo, menos mal que Cristina no está aquí, pensaba Armando, que está camino de la boda, que si no lo mismo le da al tipo del espejo por tirarse a su propia novia allí mismo delante de él. Lo peor, decía, es que le estaba poniendo el esmoquin hecho un asco de sudor. El otro, no Armando, se veía emocionado con el soul, la frente pintada de gotas de un sudor dulce, estético, los labios abombados cuando los sostenidos, los dedos ágiles como gacelas. Al principio fue sólo una marca minúscula en las axilas, nadie se daría cuenta, pero poco a poco también le tocó al pecho empaparse de soul, al estómago rociarse de la música negra, a los tirantes nuevos chorrearse de gusto oyendo al tipo aquel que se parecía a Armando, que vestía como Armando y tocaba el saxo como él. Ahora sí que la habíamos jeringado, cómo me presento yo así, pensaba, en la iglesia de San Francisco, con lo pija que es la gente de la boda, a mi madre le da algo. Mierda de sábado.

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

Odiaba las bodas. Odiaba los funerales, pero más las bodas. En los funerales, al menos, hay alguien que quiere de verdad al muerto, eso se nota porque se aguantan toda la noche allí, de pie, oliendo a muerto y sin nada de comer. Pero en las bodas no, allí la gente va a comer, a ponerse hasta los bajos de canapés, a amortizar el regalo de la lista de bodas del corte inglés. Total, un regalo por familia, seis o siete mil pelas, y nos vamos de cena al Santa Catalina la pareja, los tres niños y la suegra, al segundo güisqui de él y la tercera croqueta de la suegra, ya está amortizado la cafetera italiana de los huevos. Odiaba la hipocresía de las bodas y por eso, entre otras cosas mucho más complicadas de explicar oyendo soul, no quería ir esa noche a riesgo de que la madre lo desheredara. La verdad es que el programa es impresionante, tiene el sonido grato de las gramolas, con ese ggsss a cada vuelta del disco, pero las notas puras, nítidas lo justifican todo.

Empezó por los pies, un movimiento rítmico que se le fue contagiando a las rodillas y a las ingles. Cuando se quiso dar cuenta el saxo y él eran una sola cosa, el instrumento y el cuerpo se fundían en la misma forma cimbreante, espasmódica. Apenas se dio cuenta, de tan ensimismado que andaba tras el saxo y las notas de la radio: se salieron los dos, Armando y el reflejo, del marco del espejo, recorrieron indulgentemente el cuarto, rodearon la silla de la cómoda, rozaron tibiamente el edredón a cuadros abierto sobre la cama, abrieron con el pie la puerta del balcón. Los recibió la brisa caprichosa de principios de verano, una luna redonda como un ojo, como un monóculo gigante en la cara estrellada de la noche, el ronroneo amoroso de una pareja de gatos, al carajo la boda, que ya tenemos público, lo siento por mamá, qué bien que se respira aquí afuera, y por Cristina lo siento, la acústica del callejón es algo fuera de serie, por Cristina y su hermoso traje blanco sin cola pero con velo, parece que volamos, o se acabó la música o se acabó el balcón, total, son sólo siete pisos, siete, como las vidas de los gatos, lo siento por Cristina y a los invitados que les den por culo.

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

THE LITTLE TINNY MAN

Elisa Ramón

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

Kids look for something
Kids find a tin in a bin
Kids from the street kick the tin

clang, clang, clang sounds the tin
rolling down the hill

A big foot stops its tolling and
asks ´who is in it?´

me, me, me
please, help me!

Life in a tin
Let's see
´Who lives in a tin and where have you been?´

´I lived in a bin till they found me
and kicked me´

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

´Who?´
´The kids from the street
    please, please help me!´

Waste from a bin
to give life to a tin

Arms and legs from an old carrier bag
Smiling green olive eyes, red tomato nose
and a big carrot mouth
to shout

´I'm the little tinny man
that lives inside any can

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

CINCO POEMAS (1993)

OSWALDO GUERRA SÁNCHEZ

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

CAOS O ARMONÍA

Las amarras aún en torno al cuerpo.

Embadurno con linaza los mástiles,
baldeo las cubiertas, las maderas
lustradas, ya el mascarón enfilado.

algo espero, en el lúteo solsticio.

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

DEL ARTE TRASNOCHADO

con el pie desnudo en el borde del agua
simplemente desterrado por la Naturaleza.

No volverás los ojos atrás, por no llevarte
un bodegón pintado.

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

LA VIDA EN DOS TIEMPOS

Sentado frente al oleaje, anhelando
en un libro los Mares del Sur...

Pero la algarabía de madre
que batalla con el hijo
lo despierta de su viaje
absorto con bellas palabrotas
vecinas.

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

A BORDO DEL MERCANTE

El batir de las olas sobre la carcasa
herrumbrosa, el guineo que suspende en un instante
efímero el pensamiento a la desidia.

De pequeño, con las botas de embarrar,
asombrado por la vereda
hacia la casa de dos aguas,
el miedo a lo desconocido,
al viejo pozo:
«allí murió alguien, un aventurero, sin duda.»

Nunca la visión del final, sino el trayecto
que se anda una y otra vez:
¿el bisabuelo fue tantas veces a América
sólo por dinero?

Un galeón de metal desanda los caminos.

Estoy escribiendo, y es el único
lugar que existe.

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

DEL AMOR Y LA MUERTE

Porque es la soledad de verse abocado
a un bravío de sepultados maderos,
al final del camino quién intentaba
cruzar el océano utópico, arribar adónde.
En Fisterra hoy no me olvido de ti
a pesar de la lengua en que habita este faro,
anacoreta que interroga la distancia.
en el viaje de regreso voy desnudo,
desando la indefinida vereda que se formó
en centurias, del Jacobeo a hoy
tanto tiempo oscuro: azabache, platería,
cultura peregrina hasta el cabo del mar.
Tal allí, donde quedaste tú aislada,
qué historia de amor se me aviene,
qué lazo casi rompí por un brazo de mar,
la ruta del transocéano, el vino,
el queso, la harina innombrada,
hacinados en las bodegas que malolían
y todavía el sonido del cuero tensado
danzando por la vereda de la ermita
en sentido contrario de la pertinaz vigía
que en aquel momento me ofreció
la mano regresada del faro de Orchilla.

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

Textos cortos para noches largas

Ángeles Perera Santana

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

Gary Grant en la pantalla

l era el hombre ideal. Ella sólo sabía que él era el hombre ideal.

Su cutis limpio, suave, invitaba a la caricia y la mano ansiosa se encontraría el tacto de la seda en sus facciones rasuradas con esmero. Sus mejillas parecían siempre recién afeitadas. Los labios de ella se dispararían sin freno, olvidando los rancios preceptos de la decencia. A la moral apolillada le asestaría un golpe definitivo, casi mortal.

Su boca había sido dibujada con un preciso pincel, probablemente con aquel *rotring 02*. Aquél que a ella le arrebató la calma cuando su profesor le exigía unos dibujos lineales que rozaran la perfección.

Sonreía con una sensualidad tan arrebatadora que los ojos suspiraban. Sus dientes, blancos y parejos, no se prodigaban como en las vulgares imágenes de la publicidad en aquellos tiempos en los que la televisión era sólo un juego. Sus dientes, tímidos pero firmes, se insinuaban capaces tanto de la más dulce treta como del más feroz reto.

Sus ojos poseían la gracia de la inocencia y la picardía de los sátiros. Eran de esos ojos que se clavan y te arañan, tal vez no te hieran profundamente, pero te rasguñan. Ella recordaba esa cicatriz leve que en su rodilla dejó una de las tantas caídas de la infancia.

El pelo no podía ser de otra forma, acompañaba armoniosamente a su tez de caballero y hombre pulcro. Corte clásico pero con personalidad, la raya se extendía con una rectitud desafiante. Ella se preguntaba cómo lo conseguiría y contemplaba las líneas torcidas de su horario de clases.

¡Dios mío! ¡Era el hombre ideal!

Pero... (y la duda es la peor enemiga de los sueños, sobre todo cuando éstos son..., bueno lo que sean). Pero... ¿y si le huele mal el aliento?. Es muy probable, a todos nos pasa alguna vez, resulta tan molesto. ¿Y si le salen granos? Tal vez utiliza una loción muy fuerte, sí, esos olores que entran en nuestra nariz como en nuestra intimidad, descarada e insoportablemente. ¿Y si sus dientes conservan ese color amarillento de marfil venido a menos? ¿Y si están manchados por la nicotina? Puede ser que tenga caspa y que por la mañana, en esos días grises para el apetito, la raya del pelo se le desdibuje. ¡Ay!, ¿y si le huelen los pies y le sudan las manos? Estoy segura, se repetía, que es de cartón, sólo tramoya y escaparate.

Ella no pudo resistirlo más, la zozobra se convirtió en una picazón que le recorría el cuerpo. Entonces se levantó, desenchufó el aparator y decidió resueltamente: no veré más anuncios de televisión.

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

Pollo en salsa

Como cada sábado, Jaime se disponía a gozar de su pasión secreta, aquélla de la que nunca se atrevía a hablar en el despacho. Se dirigió a la cocina y encendió la radio.

Queridos oyentes, hoy tenemos el gusto de ofrecerles un plato exquisito, destinado especialmente a los paladares más exigentes.

Sonó el timbre y Jaime, presuroso, avanzó por el pasillo hasta la puerta de entrada. Su cara palideció ante lo que creía una visión aterradora: el mismo pelo, la misma cara, el mismo lunar junto a la comisura de los labios, justo su sueño de la noche anterior.

Los ingredientes son. Seis muslos de pollo, aceite, sal, orégano, vinagre, laurel, tomillo, nuez moscada, cebolla, tomate, pimienta. ¡Ah!, el sabor de las especias, dan color a la vida.

Ella entró sin ser invitada, le acarició el pelo y las mejillas, rozó levemente el contorno de sus orejas, de su cuello, de su boca. Se preparan concienzudamente todos los ingredientes, troceando el tomate y la cebolla. Se cogen los muslos uno a uno y se les quita la piel. Lo acompañó hasta el salón y comenzó a besarlo dulcemente primero, luego ardientemente, rodeó con los brazos su cuerpo. Una vez limpios los muslos, los colocamos en una fuente que resista altas temperaturas y añadimos la cebolla y el tomate, lo bañamos con aceite y vinagre y lo acompañamos con especias al gusto. Lo invadieron los olores y los sabores y se abandonó al éxtasis terrible de los sentidos. Hornear a fuego lento. El fuego lo iba quemando poco a poco como un torbellino implacable. Ya tenemos el plato listo para servir, cuídese de acompañarlo con el vino adecuado.

El viernes siguiente, Jaime se preparó una infusión de hierbas aromáticas y se durmió con el convencimiento del sueño próximo. De nuevo, el sábado entró en la cocina y encendió su transistor mientras esperaba que sonara el timbre.

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

Cosas que pasan

Aquella mañana, Margarita descubrió que había perdido la cabeza. Realmente aún no se explicaba lo sucedido, ni sabía cómo había ocurrido. Sólo recordaba que quiso rascarse y ya no la encontró. Inmediatamente le vino a la nuca las sentencias de su madre que ya le vaticinaba esa desgracia. Porque perder las cabeza es una desgracia. Es, de pronto, negarte el placer de comer fresas en verano, o escuchar esos ritmos que cuelan por los poros, e incluso olvidar la enorme satisfacción que produce un estornudo estrepitoso en medio de una reunión de sesudos profesores.

Pero Margarita siempre ha luchado contra su fatídico destino. Fríamente comenzó a rebuscar entre las sábanas de la cama, a investigar en el armario y el costurero. Desempolvó el cajón donde guardaba los recuerdos del último viaje y hasta metió la mano en el agua sucia de la pileta. Pero nada. A media mañana casi se daba por vencida, aunque no sintiera hambre ni sed. Resuelta a finalizar con éxito su empresa, osó meter el dedo, no la nariz, claro, entre los libros y los papeles desordenados. Entonces tocaron en la puerta.

Su vecina traía envuelta en papel platino la cabeza de Margarita; se la había prestado la noche anterior porque siempre se quejaba de su falta de ideas. Con un suspiro, contempló cómo había dejado la casa patas arriba. Pero no es ahora el momento de explicar cómo se ejecuta tan difícil ejercicio.

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

Palabras para un cuadro

Isabel Ruiz de Francisco

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

Soneto

La luz crepuscular es sangre y fuego.
Invade el amarillo ya la entrega.
Su danza no es de vuelo que es de brega,
su ritmo no es la brega que es el juego.

Y pasando las horas como ciego...
y temiendo esa paz que nunca llega,
sin cesar en su danza palaciega,
espera, siempre, el hombre su sosiego.

La muerte acecha firme y pregonera;
sus suaves sones suenan y no paran,
es el reflejo fiel de la quimera.

La vida, sin embargo, está certera;
sus caricias carentes ya preparan
el sosiego deseado del que espera.

Soneto inspirado en el cuadro de la tarde. Véspero o Higuera del Himalaya. La vida se encuentra en su plena madurez, los verdes y amarillos son todavía cálidos

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009

Borrasca

Salta la furia
ruge la mar
aúllan las olas
brama la brisa
ladran las aguas
claman los peces

gañen
gruñen
graznan
gritan

Ulula la sal
ruge la marea
riñen las algas
llama la arena
bufan las piedras
vocea el sol

gañen
gruñen
graznan
gritan

Sisean y silban
los peces
saltando sobre las olas
Dolor profundo
del salitre que ciega los ojos
Agita el viento el silbo del aire
Sobre
todo-estruendo
el canto de los peces

Versos inspirados en el cuadro "Borrasca" del Poema del Mar de Néstor

© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2009